



Gastronomicón

Manuel Arduino Pavón



Gastronomicón

Manuel Arduino Pavón

Editorial Gradiente 2014
Colección Numen
Género: Relato, Poesía

Diseño portada y colección: Alex Escalada
Imagen superior portada: Batido del océano de leche
(FotosImágenes.org licencia CC)
Imagen inferior portada: Especias (Roberto del Pilar Cuadrado)

Cód: Gr-Nu-001
www.editorialgradiente.com



El Espacio en la boca del Universo



Hubo una edad en que no existía la enfermedad.
Sólo se ayunaba.
Las criaturas y sus apetitos eran afluentes del Vacío.
Muy luego con la sal y el fuego la vida sidérea se
 estragó.
El fuego propicio es aquel combustible que da la
 Ciencia.
Todo fuego que cuece degrada al Vacío que todo lo
 entibia. Y lo vitaliza y lo mantiene en el ritmo.
El Vacío es el fuego creador, el pan de los dioses, la
 sal de la conciencia.
Las generaciones desarraigadas de su fuero cayeron
 en el apetito más atroz.
Poco a poco introdujeron la plenitud y luego la
 saciedad, y con ello el más temerario error.

El Principio



Y el espíritu humano cayó en la generación y fue revestido de piel, de músculos fibrosos como hebras de esparto y de huesos sólidos como los antiguos ríos de piedra.

Los Hijos de la Fugacidad, los primeros mortales, reclamaron la atención de los Señores de la Niebla Púrpura. Estas Huestes excelsas dieron las órdenes: los albañiles de la Fuerza abrieron una boca y pusieron soldados a custodiarla –el ejército de los dientes- y una lengua áspera como cuero de serpiente, pero no crearon los tubos ni los esfínteres.

Sólo abrieron un canal sin destino fijo, un canal sin solución.

Los nuevos hijos de la fugacidad probaron de los
frutos amargos del árbol de las ciénagas, pero no
contenían digestión, micción ni deposición.
Se hincharon los cuerpos hasta estallar. Así fue
como la tierra se pobló de cabezas menoscabadas
y de cuerpos sin vida.

Entonces los Señores de la Niebla Púrpura
conspiraron. A medida que presenciaban el
desastre, imaginaron los tubos y los esfínteres.
Estos brotaron en el interior del hombre como una
jauría desalmada.

Imaginaron Aquellos la floresta interior y un
bestiario donde las vísceras, los órganos, la
acidez y la acritud.

Crearon la dulzura de la amargura y la amargura de
la perpleja duda.

Y vieron que el hombre duraba hasta morir sin
menoscabo de la cabeza y sin la intestina
trepidación.

Pero los frutos eran prohibidos e inaccesibles y los
animales eran enormes e ingobernables.
Comidas para ellos, fueron la hierba trizada y la
verdura enana, y también fue la consoladora
surgente el agua que corre y se transfigura.
Y la luz de los siete soles fue la vendimia sagrada.

Compadecidos los Focos de Fuego, hicieron
descender sobre la progenie del hombre larvas
ovoides voladoras y rectamente hasta sus manos.
Esos aromáticos caprichos de las Fuerzas, pronto
sedujeron a los erectos cosechadores.
Ya no debieron encogerse para recoger su polen.
Ya no debieron arrastrarse para conocer la obra del
cielo.

Las deposiciones de este artículo de paradójico entrecruzamiento sembraron la tierra con la simiente de raras especies, mitad coleópteros mitad albaricoques.

Los hombres eligieron las alas vertebradas y repudiaron el fruto, porque aún su sentido del gusto era retráctil y prístino.

Los frutos se pudrieron y con ello la primera gran maldición quebrantó el espejo del tiempo.

Malditos por su despreciable y equívoco parecer
alado, durante seiscientas generaciones
perdieron el pelo y el incipiente sentido del
gusto.

¡Temible maldición la de paladear la seca esterilidad
por haber reprobado la pulpa!

Pero vino un precursor, el primero en mondar el primigenio albaricoque. Insatisfecho con la vacuidad de la lengua deslucida, el pionero probó de la pulpa tierna y súbitamente fue regenerado y fue restituido el sentido del gusto. Contagiados los otros hombres por el crecimiento del pelo y la providencial mejoría que evidenció el precursor, la tierra terminó por alfombrarse con deposiciones nobles y el aire se mezcló con las flatulencias acuosas.

La tierra eligió el color del cobre y los aires se hincharon felices como la garganta de las ranas de los presagios.

Si todo defecto conduce a la apatía, todo exceso lleva a la debilidad constitutiva.

Los hombres pensaron por primera vez en la posibilidad de la pluralidad de sabores, en el libre albedrío. Bañaron sus albaricoques con zumo de cactus y lágrimas de lagartas. Y conocieron el sabor de los temblores ocres y de los atardeceres en guirnaldas.

Crearon toda la familia de la unción, la salsa, el mojo, y esto auspició la gestación de la teoría de la complejidad de los sabores. De la complejidad de la condición humana.

¿Te está gustando este libro?

Puedes encontrar este y muchos otros [aquí](#).

